

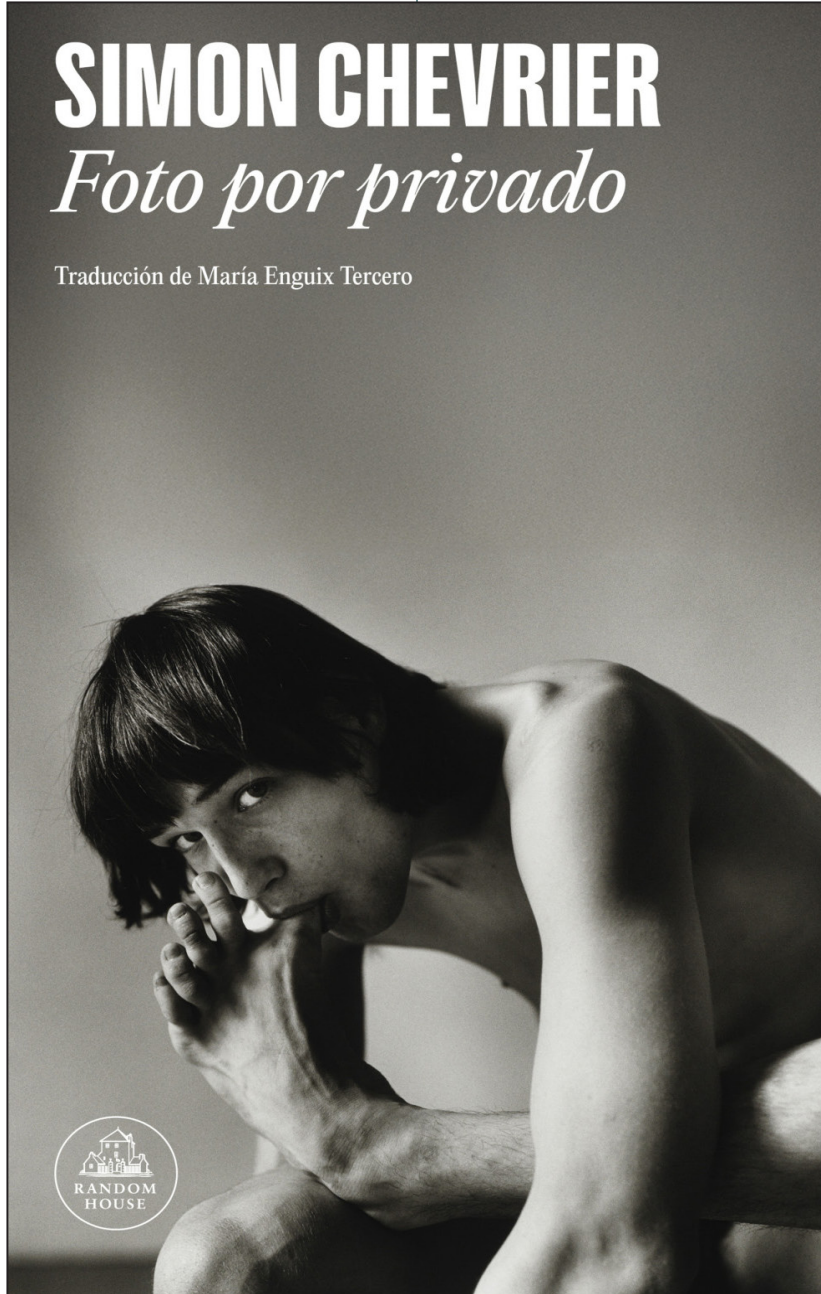


Guía de lectura

SIMON CHEVRIER

Foto por privado

Traducción de María Enguix Tercero



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

De la desilusión a la renuncia, el narrador de esta novela se ha ido deslizando hacia una existencia cada vez más frágil. La familia queda lejos, su padre está enfermo, los trabajos precarios apenas alcanzan para pagar una habitación en un piso compartido y los encuentros en Grindr se suceden sin dejar rastro. Desde hace unos meses, además, y casi como una consecuencia inevitable, ha empezado a prostituirse. «Estudiante de idiomas, amante a medida para hombres cultos, tarifas y fotos por privado», dice el breve anuncio que ha puesto en una web.

Amantes ocasionales y clientes alternan, y en una vorágine de cuerpos, el narrador se empantana más y más en un presente que no se proyecta hacia ninguna parte. Pero algo cambia cuando, de visita en casa de su amigo Thibaut, un retrato suspendido sobre la cama captura su atención. Es una fotografía de Peter Hujar en la que se ve a un joven encorvado que se chupa el dedo del pie

y mira a cámara con una mezcla de desafío y abandono. Como si la fotografía escondiera una clave íntima, se aferra a ella y su obsesión lo empuja a iniciar una investigación sobre el modelo retratado, Daniel Schook, que parece haberse desvanecido y existir solo en aquella imagen. Mientras, una relación sexual de riesgo dispara en él el temor a contraer el VIH, la población se confina a causa de un nuevo virus y, a punto de perder su habitación, regresa una temporada a casa de su familia para despedirse de su padre, que agoniza en un hospital.

Inmerso en un tiempo de duelo e incertidumbre, continúa adelante con una pesquisa que lo lleva al Nueva York de los años ochenta y una escena artística atravesada por la pandemia del sida. El perfil de Daniel Schook, mimo y clown además de modelo, comienza a cobrar forma, y es en esa historia donde, poco a poco, consigue encontrar las huellas que lo encaminan hacia su renacimiento.



RANDOM HOUSE

CLAVES DE LA NOVELA

El debut novelístico de Simon Chevrier, galardonado con el premio Goncourt a la primera novela, tiene, como muchas óperas primas, un sustrato autobiográfico que se difumina entre capas de ficción. La voluntad de dar testimonio acerca de la etapa de vida estudiantil, cuenta el autor, lo llevó a invocar vivencias, deseos y sentimientos, tirando del hilo de la experiencia personal, pero también de la imaginación. Ahí donde memoria y ficción se funden sin distinción está escrito este retrato crudo, punzante, que captura la intimidad de un hombre joven sin sentimentalismo pero con una emoción contenida que crece sin concesiones. Novela confesional, *Foto por privado* no se agota, sin embargo, en lo íntimo: son muchos los hilos que se entrelazan en una obra donde la pesquisa en torno a una fotografía recrea pasado y presente, y

adquiere, a la vez, el espesor de una búsqueda de sentido en medio del duelo, la precariedad y la incertidumbre de un tiempo que se resiste a proyectarse hacia adelante.

«Escribo de todo y de nada a la vez, en general de cosas que me callo, y las palabras se suceden con mayor o menor rapidez», dice el narrador, y esta confesión marca el pulso de un relato que se conjuga en presente. Las relaciones que no desembocan en nada, las citas vía Grindr, los encuentros sexuales con clientes, las entrevistas para conseguir, con suerte, un contrato temporal, la convivencia con una pareja que alquila una habitación: sobre todo esto habla, con sequedad, un personaje que, entre el desencanto y la renuncia a la posibilidad misma de un futuro, ancla en un presente absoluto a través del cuerpo y



RANDOM HOUSE

el dinero. A su alrededor, las relaciones se arman y se desarman, los salarios están por debajo de las aspiraciones y todos comparten una misma preocupación por el acceso a la vivienda, pero si bien la fragilidad de las condiciones de vida es uno de los signos de su mundo, sus amigos y amantes continúan sintiendo la pulsión de proyectarse hacia un horizonte distinto. Hay quien fantasea con formar una familia y otros persiguen la estabilidad económica y afectiva: de un modo u otro, intentan organizar su futuro, como alguna vez hizo el padre del narrador, un hombre acostumbrado a «proyectar sin cesar». Su hijo, en cambio, habita en un aquí y ahora del que lo arranca, de pronto, el retrato en blanco y negro de un joven realizando una provocadora contorsión. En la fotografía titulada *Daniel Schook, Sucking Toe* hay algo que «sale de la escena como una flecha», citando a Roland Barthes, y lo conmueve: un elemento —el *punctum*, en términos de Barthes— que empuja su deseo más allá de lo que la imagen muestra. A partir de ese momento, Daniel Schook, el misterioso modelo de la foto, se convierte en una obsesión para el narrador, que envía mensajes a varios artistas que formaron parte del círculo de Hujar como aquel que lanza una botella al mar. No muy convencido de poder obtener una respuesta, se embarca en una investigación que, como todo en su frágil presente, no sigue un curso lineal; sin embargo, paulatinamente, consigue saber más acerca del joven que posó ante la cámara de Hujar, dejando casi como único vestigio de su corta existencia la fotografía que cautiva al narrador y al-

gunas más que forman parte de la misma serie. Hay algo evanescente, fantasmático y enternecedor a la par, en este mimo, clown y modelo ocasional con una historia de orfandad a sus espaldas; y a través de su figura el narrador se adentra en la escena un *derground* del Nueva York a principios de los años ochenta, donde aspirantes a artistas y náufragos de todo tipo, como Schook, recalcan en el célebre hotel Chelsea. De ese mundo, en parte, perdido, lo que llega no es tanto el eco de la despreocupada vida cultural, remanente de los movimientos contraculturales de la década anterior, sino algo más funesto y, por entonces, inconcebible: la pandemia del sida que les costó la vida, entre tantos, a Daniel Schook y Peter Hujar. La enfermedad es un motivo recurrente en una novela donde, entre los hilos que Chevrier trenza con suma delicadeza, hay uno que conecta la tragedia del sida en los ochenta con el riesgo de contagio del VIH en tiempos de profilaxis y retrovirales; o en otros términos, un pasado que se percibe lejano, aunque no del todo ajeno, con un presente atravesado por la posibilidad de infección, una nueva pandemia que obliga a modificar hábitos y el cáncer del padre, experiencia radical que sacude la existencia

Si el retrato de Daniel Schook interpela al narrador de tal manera que en esa imagen acaba descubriendo una necesidad o propósito que trasciende al deseo, la enfermedad paterna abre una grieta profunda en el aquí y ahora. Cuando el cáncer avanza sin freno y la muerte es inminente, el narrador regresa a la casa de sus padres: en ese escenario familiar comienzan a aflorar los recuerdos y su rela-



RANDOM HOUSE

to, hasta entonces anclado en el presente, se ensancha para incorporar fragmentos de un pasado que ilumina al personaje y sus circunstancias. La memoria del hijo irrumpe, paradójicamente, cuando el padre, un hombre que quiso dejar huella y se dedicó a proyectar y emprender, se ve forzado a existir en ese presente que, durante toda su vida, consideró como un lugar de paso. Mientras la enfermedad lo aísla y lo despoja de futuro, él se aferra a la idea de que, después de su muerte, pervivirá a través de los recuerdos que conserven los vivos. Para el hijo, esa forma humana de trascendencia es ambigua: muerto el padre, el duelo le deja la sensación de haber perdido una parte de sí, «como una amputación, un dolor fantasma», y al mismo tiempo, aviva una memoria que, por caminos inesperados, lo aproxima a la figura paterna en todas sus contradicciones. Durante los días que pasa acompañando a su madre asume, de forma espontánea, muchas de las tareas domésticas que antes hacía el padre, y recuerda que incluso podría calzarse sin dificultad sus viejos zapatos Camper. Lo refrena el rechazo a seguir los pasos de una figura que, por un lado, se impone como un referente inevitable; y por el otro, representa la mirada que lo juzga y lo condena: entre todos los recuerdos de la niñez, lo asalta la escena de él vestido con la ropa y los tacones de su abuela y su padre mirándolo azorado. Abrirse a la memoria supone indagar en la larga y errante búsqueda de referentes, y, ante todo, en una identidad que, a la sombra de la colérica masculinidad paterna, se trama, al igual que el deseo, entre el amor y el miedo. «Era extra-

ño amar lo que más temía, es decir, los hombres. Desear un sexo que me daba miedo», dice el narrador y en esa evocación de infancia cristaliza una herida que la pérdida deja al descubierto. El duelo, que al comienzo se representa como una blancura agresiva, tan cegadora como insondable, va adquiriendo, poco a poco, el cariz de un período de tránsito. Período en el que recuerdos y vivencias inmediatas se iluminan entre sí y contribuyen a dotar de sentido a un presente sin rumbo en el que ejercer la prostitución, además de ser un modo de subsistencia, se presenta como una forma desesperada de sentirse vivo: quizá eso mismo sea lo que, cuarenta años atrás, haya llevado a Daniel Schook a posar para Peter Hujar. Duelo y deseo, a su vez, son motivos recurrentes en una novela donde a la noticia de la enfermedad del padre le sigue la contemplación de la fotografía: dos hilos narrativos que, en apariencia, corren en paralelo pero confluyen y se enredan en un tiempo de pérdida y de búsqueda que da paso, finalmente, a la posibilidad de un renacimiento.

En palabras del escritor Stephen Koch, albacea del legado de Peter Hujar, la cámara era el instrumento de intimidad del fotógrafo neoyorquino; su lente, añade, le proporcionaba un equilibrio entre cercanía y distancia que, de otro modo, no podría alcanzar. Algo similar se podría decir de la escritura de un autor joven que, en la estela de Hervé Guibert y Annie Ernaux, compone un retrato humano descarnado que, bajo su aparente sencillez, contiene todas las emociones encontradas que bullen entre el deseo, la pérdida y el complejo amor que une a padres e hijos.



RANDOM HOUSE

LOS PERSONAJES

EL NARRADOR

El narrador de esta novela vive en Toulouse, ciudad a la que llegó para estudiar una licenciatura de inglés, aunque ahora rara vez asiste a las clases en la universidad. Por las mañanas, cuando sus compañeros de piso se van a trabajar, se dedica a presentar candidaturas para puestos de cajero, vendedor o conserje nocturno. Cuando no obtiene un «no» por respuesta, como suele ocurrir, lo máximo a lo que puede aspirar es un empleo temporal que apenas alcanza para costear los gastos de vivienda: el resto lo cubre gracias al dinero que gana prostituyéndose en secreto a través de una red. Los clientes se suceden y él satisface sus variopintos caprichos con profesionalidad y una distancia emocional no muy diferente a la que caracteriza a sus encuentros sexuales vía Grindr. Incapaz de proyectarse en una relación duradera, su deseo migra de un cuerpo a otro, dejando una sensación de vacío que se acentúa cuando su padre anuncia que está gravemente enfermo. Poco después de recibir esta noticia, contempla absorto la fotografía de Peter Hujar: lo intriga la puesta en escena, el sujeto y la premeditación o espontaneidad de su pose. El deseo, o una suerte de enamoramiento platónico, lo impulsa a querer saber más acerca del modelo. La pesquisa se desarrolla a la par que su padre muere, la pandemia de Covid-19 vuelve aún más inestable su situación laboral, sus compañeros de piso le piden que deje su habitación porque quieren tener un hijo, y fracasa en su intento de empezar una relación más sólida con Louis, el ex amante de su amigo Thibaut. Empantanado en una realidad que se desmorona, finalmente consigue salir de una espiral de duelo y malos hábitos, y vislumbrar la posibilidad de un nuevo comienzo.



RANDOM HOUSE

«Sobre mí: Estudiante de idiomas, amante a medida para hombres cultos, tarifas y fotos por privado.

Las fotos que envió han sido tomadas y pensadas en función de la luz que se filtra por la ventana de mi dormitorio. Solo en casa, a veces aprovecho la del salón, en busca de un nuevo marco. Ensayo varias poses, y siempre dejo una parte de mi cara en la sombra. A continuación, abro Photoshop y realizo algunos retoques. Si me contratan, es gracias a ellas. Y cuando llega la hora de la cita, pienso en el dinero. Pido que me lo entreguen al principio, es más sencillo y el asunto queda zanjado. Si el cliente se olvida, lo paro, lo llamo al orden. Es así como funciona. Nunca acepto que me toquen si antes no he visto el dinero».

EL PADRE

Padre e hijo calzan prácticamente el mismo número: para el narrador, sin embargo, no hay muchas más semejanzas físicas con el que fue su primer referente masculino. De ese hombre enérgico, al que la enfermedad le arrebató vitalidad y futuro, pero no determinación, el hijo recuerda las piernas musculadas después de las largas travesías en la montaña, la capacidad de hablar de casi todo, el gusto por sentirse escuchado y la necesidad de tener siempre un proyecto entre manos. A los cincuenta años, dejó un puesto de directivo para fundar su propia empresa; vinieron nuevos emprendimientos, algunos años de inestabilidad económica, el cáncer y, por último, la decisión de poner fin a su agonía mediante la sedación profunda. Padre volcado al trabajo más que a la familia, se relacionó con su único hijo varón a través de una mezcla contradictoria de amor, protección, miedo e ira. Cuando su hijo era pequeño, solía abrazarlo, pero esa costumbre se erradicó en algún momento de la infancia; quizá, el día en que el niño lo recibió luciendo un vestido de la abuela y unos zapatos de tacón en los que se sentía mucho más cómodo que en los Camper de su padre.

«Ya no recuerdo la última vez que mi padre y yo nos abrazamos. Mi madre me cuenta que, cuando yo era pequeño, era una cosa constante. No paraba de pedírselo. Quería los brazos de mi padre todos los días, y luego se me pasó. De golpe. Puede que a partir del día en que me privó de los dibujos animados en la tele, porque, unas horas antes, yo me negué a que le quitara las dos ruedecillas a mi bicicleta. Más tarde volvió, y luego desapareció otra vez. Esa necesidad de contacto. En la adolescencia, no tengo recuerdo de ningún achuchón.

De adulto sí, alguna vez en celebraciones, cuando obtuve el título de bachillerato. Cuando había una buena noticia. Nos dábamos un abrazo rápido, no duraba mucho».



DANIEL SCHOOK

En *Daniel Schook, Sucking Toe*, Daniel Schook mira a cámara mientras posa con gracia. Más allá de la sesión de fotos de Peter Hujar, su historia no parece existir, como si hubiese sido borrada. Internet no dice nada, y entre los conocidos del fotógrafo que contacta el narrador, casi nadie guarda recuerdos acerca de este modelo que, a diferencia de otros rostros retratados por Hujar, no formaba parte de su círculo. Sin embargo, cuando sale a luz que el verdadero apellido era Schock, su perfil empieza a cobrar forma. Orfandad y abusos se conjugan en la biografía de un aspirante a artista que, tras descubrir su vocación de mimo, clown y cantante, desembarcó en Nueva York, donde hizo espectáculos callejeros, pasó por algún show de televisión y posó para Peter Hujar a cambio de dinero. Al igual que el fotógrafo, contrajo sida en los años ochenta y poco antes de morir, como último propósito, buscó a su madre biológica, a quien creía haber perdido para siempre.

«Me dejo llevar por la imaginación y veo a Daniel caminando por las calles de Nueva York; un hombre está a punto de abordarlo. Este hombre quiere sacarle una foto en su estudio de artista a cambio de dinero. Daniel acepta y lo sigue. Cuando llegan, el hombre le da un sobre en el que ha metido algunos billetes. Daniel lo coge y luego se pone en medio de la habitación de paredes blancas, vacía de muebles. El hombre le sugiere poses fáciles, retratos de prueba. Y, para que Daniel se relaje, le sirve una copa. Vodka. Daniel bebe bastante rápido, se quita las capas de ropa una a una y se pone en actitud sexi. Prueba varias poses de pie, pero el hombre no está convencido y le tiende una silla. Daniel se sienta, dobla el cuerpo y prueba un gesto que no le pega».



RANDOM HOUSE

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Foto por privado* retrata a un joven atrapado entre la precariedad laboral, la inestabilidad emocional y la imposibilidad de proyectarse hacia el futuro. ¿Os parece un retrato generacional reconocible?
2. ¿Cómo influye el contexto contemporáneo —apps, trabajos temporales, alquileres imposibles, pandemia— en la sensación de fragilidad que atraviesa el libro?
3. La historia alterna la vida cotidiana del narrador con la investigación sobre Daniel Schook. ¿Cómo dialogan estas dos líneas narrativas?
4. ¿Qué función cumple la fotografía de Peter Hujar dentro de la novela? ¿Es solo el detonante de la trama o algo más profundo?
5. ¿Os parece que la investigación sobre Daniel Schook actúa también como una búsqueda de identidad del propio narrador?
6. El protagonista habla de prostitución, sexo y precariedad con una voz seca, casi desaparegada. ¿Qué efecto produce esa distancia emocional?
7. ¿Cómo interpretáis la relación entre deseo y dinero en la novela?
8. El narrador parece incapaz de construir vínculos duraderos. ¿Creéis que se trata de miedo, agotamiento emocional o pérdida de sentido?



9. La enfermedad del padre ocupa un lugar central en la novela. ¿Cómo cambia al narrador enfrentarse a esa pérdida inminente?
10. ¿Qué imagen de masculinidad transmite la figura paterna?
11. El libro sugiere que el amor entre padre e hijo está atravesado por el miedo y el juicio. ¿Cómo se construye esa tensión?
12. Daniel Schook parece existir únicamente a través de una imagen. ¿Qué reflexión plantea la novela sobre la memoria y el olvido?
13. ¿Por qué creéis que el narrador se obsesiona con alguien prácticamente desaparecido de la historia?
14. ¿Qué relación encontráis entre el duelo por el padre y la investigación sobre Daniel Schook?
15. El cuerpo aparece como espacio de deseo, supervivencia, miedo y enfermedad. ¿Cómo se relacionan estas dimensiones en la novela?
16. La sombra del sida atraviesa tanto el pasado de Daniel Schook como el presente del narrador. ¿Qué aporta esta conexión entre generaciones?
17. Chevrier utiliza una prosa contenida, sobria y muy visual. ¿Cómo influye este estilo en la intensidad emocional del relato?
18. Muchas emociones quedan insinuadas más que explicadas. ¿Qué importancia tienen los silencios y lo no dicho en la novela?



EL AUTOR

© Archivo del autor



SIMON CHEVRIER, nacido en 1992, obtuvo una licenciatura en Inglés y un máster en Escritura Creativa en la Universidad de

Le Havre, Francia. Con su primera novela, *Foto por privado*, ha obtenido este 2025 el Premio Goncourt a Primera Novela.



RANDOM HOUSE

DECLARACIONES DEL AUTOR

«Al principio de este proyecto, tenía un flujo de conciencia disonante; descarté todo lo que se desviaba del método de escritura que había elegido, y empezó a producir algo despojado, casi frío, y al mismo tiempo, sentí que así era como estaba siendo auténtico en mi escritura. El reto residía en encontrar las palabras adecuadas, en llegar al meollo del asunto con imágenes y expresiones precisas».

«Esta foto fue, creo, un pretexto para escapar de mi propia historia. La convertí en un asunto personal, una obsesión. Me era impensable que nadie supiera quién era, que simplemente fuera el hombre desconocido en una fotografía famosa, aunque su nombre y apellido aparecieran en el pie de foto. Sin duda, era un eco inconsciente de lo que representa la pérdida de un ser querido, del miedo al olvido, que resonaba con el dolor que experimentaba».

«No escribí este libro con un fin político, pero en realidad no todos somos iguales, ni necesariamente estamos igual de preparados para afrontar los imprevistos de la vida, y me atrevería a decir que no depende de la edad».

(Enero, 2025. Entrevistado por Anaelle Alvarez Novo. *Babelio*)

«Al principio, a veces tendía a caer en la trampa de la psicologización excesiva. Me di cuenta de que podía llevar al patetismo o al miserabilismo. Ese no era mi objetivo. La idea no era imponer un juicio de valor a través de los pensamientos del personaje. El lector debe interpretar por sí mismo, a través de sus gestos y acciones».

(Septiembre, 2025. Entrevistado por Hocine Bouhadjera. *Actualitté*)



RANDOM HOUSE

LA CRÍTICA HA DICHO

«Bajo una escritura en apariencia transparente late un corazón. Las frases tiemblan. Ahí reside todo el talento de Simon Chevrier, en crear una inquietud, una emoción exenta de lágrimas. Una primera novela cruda y seca, que te agarra del cuello».
Le Figaro

«Conmueve de principio a fin su forma de observar y de narrar; de trazar el retrato de un joven moderno y atemporal a la vez. Chevrier es una promesa de la literatura».
Alexandre Simon, *Transfuge*

«La escritura de Simon Chevrier, sobria y clara, destaca por su capacidad para recrear el universo de un joven de hoy en día».
Stéphane Ehles, *Télérama*

«Una fuga de un limbo existencial que Simon Chevrier narra con toques delicados y sobrios, como para no perturbar la pesadez de un mundo sobre el que planea constantemente la amenaza del sida».
Amandine Schmitt, *Le Nouvel Obs*

«Con un estilo sensible y depurado, Simon Chevrier capta las fluctuaciones de una juventud desorientada, en busca de vínculos que ya no sabe tejer. *Foto por privado* cautiva tanto por lo que revela como por lo que decide dejar en la sombra [...]. Una primera novela fascinante».
Simon Bentolila, *Lire*

